

reportaje

El corzo en España está de moda



Gerardo Pajares Bernaldo de Quirós
Licenciado en Veterinaria
Presidente de la Asociación de Corzo Español

El corzo cautiva, es indudable. Cada año más y más cazadores se ven impulsados a intentar su caza. Su progresiva expansión y abundancia invitan a ello, pero no menos importante en este impulso es el halo de misterio que envuelve al pequeño cérvido.

Si hubiera una forma de describir la situación del corzo en España, sería sin lugar a dudas “el corzo está de moda”. Esto es claro a tenor de lo que estamos viendo: ofertas continuas de caza en España y en el extranjero, aviones que cada fin de semana cargan cazadores y “apechusques” con destino a Hungría, Polonia o Inglaterra. Pero no es menos común ver los bares de pueblos y carreteras repletos de cazadores en las amanecidas de abril, mayo y junio, pertrechados para dar caza al duende de nuestros bosques. Por estas fechas las páginas de las revistas se tapizan literalmente de artículos y fotografías explicando particularidades de la biología, de la caza y aún de la gastronomía del corzo. Así pues el corzo en España, está de moda.

Asier Otxaran



Asier Otxaran

CLAVES PARA ESTAR DE MODA.

Es curioso que si echamos un vistazo a nuestra bibliografía venatoria veremos que el corzo ha estado lejos de ser tan popular como ahora. Nuestros clásicos le dedican poco espacio en sus textos, y algunos como Martínez del Espinar, no lo valoraron como una especie interesante para la caza. Debemos, no obstante, tener presente que en esos momentos la caza se practicaba, por fuerza, mediante el empleo de perros y el corzo, en esas condiciones, da menor juego que otras piezas como el jabalí o el venado. Para otros como Froilan de Troche y Zúñiga, eran piezas accidentales, entretenidas, pero que no hacían afición.

Desde luego es recientemente, y en especial al son de los textos del Conde de Yebes, cuando nace en España la afición a la caza primaveral en las formas de rececho y espera, que pronto encuentran una legión de seguidores, grupo venatorio éste de los corceros, de enorme pasión, irreductibles ante los inclementes madrugones e inasequibles a los fracasos y fallos. Pero ha sido de forma mucho más reciente, quizá en los últimos quince años, cuando se ha disparado realmente esta pasión. ¿Cuáles han sido las causas?

Sin lugar a dudas la principal ha sido la recuperación de las poblaciones. El corzo sufrió un enorme acoso durante el siglo XIX, merced al enorme número de armas que, las sucesivas guerras, fueron dejando por pueblos y caseríos. Esto causó la extinción local de los grandes mamíferos en casi todos los rincones de España. Este proceso continuó hasta mediados del siglo XX.

reportaje

En aquellos momentos quedaban corzos en algunos de los sistemas montañosos húmedos de la Península, pero su número era alarmantemente escaso. Con la aplicación de la Ley de Caza de 1970 y el progresivo abandono del campo, el corzo pudo recuperar efectivos y afrontar un proceso de expansión que, en la actualidad, es motivo de estudio.

Otra de las causas de su éxito es que hasta la fecha ha sido una pieza accesible, bien por precios o bien por su relativa ubicuidad. A diferencia de sus primos mayores, que reducen su presencia a las grandes fincas de centro y sur de España o a las reservas de caza —donde cazar o es muy caro o muy difícil por la escasez de permisos— el corzo puede ser cazado en una multitud de cotos de pueblos, gestionados por sociedades locales, que encuentran en la venta de algunos permisos una saludable forma de enjuagar sus economías. Sucede que los precios, otra vez razonables, se están convirtiendo en imposibles por la enorme demanda, las más de las veces irracional, que empuja sus permisos hacia una escalada de locura.

Igualmente, las oportunidades de “darse homenajes” en tierras extranjeras, donde es o era posible cazar a precios casi de risa —incluso logrando perchas más que abultadas— han fomentado una gran afición a la caza de la especie.



Mikel Arrazola

Pero si hay una razón de peso para que el corzo haya tenido éxito, es sin lugar a dudas su encanto. El momento del año, la primavera, la soledad de un amanecer, su presencia mágica en el borde de un monte, o su desaparición misteriosa tras un breve descreste, hace que el cazador se sienta arrebatado por su caza y observación.

No menos importante es su trofeo, caprichoso y sencillo a la vez, que invita a su colección y a una búsqueda de nuevos retos en cada rececho.

APROXIMACIÓN A UNA REALIDAD.

El fenómeno de expansión ha hecho que algunos cazadores y gestores se ilusionen con la posibilidad de que el corzo llegue a ocupar todos los ecosistemas españoles. La eventualidad de ver corzos en páramos y yermos, hacen creer que esto es posible, y algunos se embarcan en empresas de dudosa viabilidad como son intentos de introducción, en ocasiones con ejemplares foráneos.

Lo cierto es que no puede haber corzos en todos lados. Hay que recordar que el corzo es un animal de comportamiento territorial y de hábitos alimenticios ramoneadores, lo que le obliga a mantener un vínculo con el bosque húmedo. Gran parte de la España mediterránea, es muy seca, su vegetación es xerófila, muy resistente a las continuas sequías. Muchos montes están adehesados, bien por la acción del ganado, bien por la acción del hombre o por otra fauna mejor adaptada, lo que resta al corzo un necesario acceso a las partes aprovechables de la vegetación. Un reciente trabajo del IREC en Aragón ha puesto de manifiesto que los corzos se mantienen en zonas montañosas donde la pluviometría es alta y regular. ¿Cómo se explica entonces la aparición de corzos en multitud de yermos en los últimos tiempos? Por lo que parece, estos espacios operan de pasillos en los desplazamientos de expansión hacia nuevos territorios que cumplan con las condiciones idóneas, y la existencia de corzos en ellos, es imposible sin la conservación de las zonas clímax, ya que por ellas mismas no serían capaces de hacerlo.

Igualmente, es necesario resaltar, una vez más, el valor e interés del corzo como especie libre, no confinada en las mallas y alambreras. Es el corzo, uno de los últimos reductos de una caza limpia y libre de artificios. Está científicamente demostrado que la instalación de comederos, las dietas milagrosas, etc. no producen mejoras en la población ni en los trofeos, incluso quizá al contrario, dado el peculiar carácter individual y solitario del corzo.

Pero debemos ser cautos, el corzo precisa de gestión. El aumento de la presión cinética sin conocimiento previo de hasta dónde la puede soportar, puede llegar a ocasionar problemas muy graves al corzo. Se impone la implantación de sistemas de seguimiento del tamaño y estructura de las poblaciones de corzo por comarcas; es necesario realizar un seguimiento sanitario de las capturas; y no perder de vista nunca, que nuestros corzos tienen una singularidad genética que debe imposibilitar movimientos y traslocaciones, tanto desde fuera de España como entre regiones, a riesgo de erosionar un patrimonio milenario, bien adaptado y pujante, que por sí sólo, si es bien gestionado, dará muchas satisfacciones aún a cazadores y gestores. ■